

España, escribió á Napoleon, acerca de la situación de las tropas, de su desnudez, sus enfermedades, la buena acogida de los españoles, la impopularidad del príncipe de la Paz, el entusiasmo público hacia su imperial persona, la facilidad con que podria hacerse en España lo que quisiese, y le esponsoria ademas la necesidad de fijarse en lo que debia hacerse, y el embarazo en que se hallaba por falta de instrucciones á vista de los sucesos que se preparaban.—Creia, señor, escribia á Napoleon, creia despues de tantos años de servicios y de adhesion, haber merecido vuestra confianza, y que revestido con el mando de vuestras tropas, debia saber en qué fines iban á emplearse. Os suplico, decia, que me deis instrucciones: sean cuales fueren, serán ejecutadas. Si queréis derribar á Godoy y hacer que reine Fernando, no hay nada más fácil: bastará que pronuncieis una palabra. Si queréis cambiar la dinastía de los Borbones, y regenerar la España dándola uno de los príncipes de vuestra casa, es tambien muy fácil: vuestra voluntad se recibirá como la de la Providencia.—El valiente, pero débil observador Murat, no se atrevia á añadir otra asercion mucho más verdadera que todas las demas, y era la de que él sería el que tendría mejor acogida de cuantos príncipes estrangeiros pudieran substituir á la dinastía reinante.

Napoleon, cuya intencion era la de atemorizar á la córte con su silencio, é inspirar por el contrario confianza al pueblo con su conducta amistosa, para llegar á Madrid sin tropiezo alguno, y apoderarse pacíficamente de un trono vacante, experimentó cierto movimiento de impaciencia al leer las cartas de Murat llenas de preguntas apremian-

tes.—Cuando yo os mando, le dijo, que obreis militarmente, que tengais vuestras divisiones reunidas y á punto de combatir, que abunden las provisiones para que no cometan ningun desórden, que eviteis toda colision, que no os mezcleis en las disensiones de la córte de España, y que me remitaís las preguntas que os dirijan, ¿no son por ventura instrucciones?... Lo demas no os incumbe, y sino os digo nada, es porque no debéis saberlo.—

A esta reprension añadió las órdenes que exigian las circunstancias. Por medio de un decreto, mandó que inmediatamente se entregasen á los batallones destacados de sus regimientos, fondos cuya contabilidad quedaria á cargo de la administracion de los cuerpos: que se tomase de su guardia sargentos jóvenes, suficientemente instruidos, y que hubiesen hecho las campañas de 1806 y 1807 para ascenderlos á oficiales, destinándolos á los regimientos á que hiciesen falta: que sin demora alguna se sujetase á los sarnosos á un plan curativo: que se acampasen las tropas en cuanto pasase el frío, lo cual no podia tardar mucho tiempo en España: que la brigada compuesta de los cuartos batallones de las legiones de reserva, se pusiesen en marcha para unirse á la del general Darmagnac, encargada de ocupar á Pamplona; que se tomase la ciudadela de esta poblacion, que se armase y quedasen en ella un millar de hombres, y que toda la division de los Pirineos Orientales, se acantonase entre Vitoria y Burgos, para cubrir la retaguardia del ejército: que se reuniesen en el mismo punto todos los regimientos de marcha compuestos de los refuerzos destinados á los regimientos provisionales, y que se enviase ademas sin dilacion la

division Verdier, para formar de este modo á las órdenes del mariscal Bessieres, un cuerpo considerable, que con la guardia no debia bajar de doce á quince mil hombres, y que en caso de un rompimiento, cubriría la línea de retirada del ejército, contra las tropas españolas encargadas de ocupar el Norte de Portugal. Napoleon dispuso en seguida la marcha sobre Madrid. Previno á Murat que hiciese pasar el Guadarrama á los cuerpos del mariscal Monecy y del general Dupont del 19 al 20 de marzo, uno por el camino de Somosierra, y otro por el de Segovia, y que el 22 ó 23 estuviesen junto á las tapias de la capital; que pidiese permiso para descansar en ella, y continuar luego su marcha á Cádiz, y que si se le negaba, forzase las puertas de Madrid, haciendo antes todo lo posible para evitar un choque. A todas estas preventiones iba siempre unida la recomendacion de guardar silencio sobre los negocios públicos, de proveer de todo á la tropa para que no la faltase nada, y aun de retardar el movimiento un dia ó dos, si los medios de subsistencia y transporte no eran suficientes.

Murat tuvo, pues, que resignarse á no saber mas, y se aplicó á obedecer y ejecutar fielmente las órdenes del emperador, seguro de que á pesar de todo aquel misterio, no podia ocultarse ya lo que deseaba, es decir, la caída de los Borbones de España, y la vacante de uno de los mejores tronos del universo.

La ocupacion de las plazas mandada repetidas veces por el emperador, se llevó por fin á efecto. Los generales Duhesme y Darmagnac, uno en Barcelona y otro en Pamplona no ocupaban mas que el recinto de aquellas ciudades; pero no las

fortalezas que las dominan. Una orden secreta del gobierno de Madrid, prevenia á los generales españoles que recibiesen bien á los franceses, que les franqueasen las poblaciones; pero que les impidiesen en cuanto les fuese dable penetrar en las ciudadelas. El general Duhesme que llegó á Barcelona á la cabeza de unos siete mil hombres, en su mayor parte italianos, fué recibido por las autoridades con afectada política, con benevolencia y curiosidad por la clase media, y con desconfianza por el pueblo. Los italianos por su incontinencia se atrajeron mas de una puñalada. Lo critico de las circunstancias hizo que se cerrasen las fábricas, y que quedasen sin trabajo un gran número de jornaleros prontos á entregarse á toda especie de desórdenes. El general Duhesme colocado en medio de una ciudad de ciento cincuenta mil almas, con solo siete mil hombres, aunque le seguian á corta distancia cinco mil franceses, se hallaba en una posicion muy difícil y arriesgada, particularmente no siendo dueño de la ciudadela ni del castillo de Monjuich que domina enteramente la ciudad. Asi es, que habia convenido con el general Lechi, que mandaba los italianos, en un plan para apoderarse de las fortalezas, cuando la reiterada orden de hacerse dueño de ellas, acabó de decidirle. Una mañana hizo tomar las armas á sus tropas, y dirigió una parte de ellas á la ciudadela y otra á Monjuich. En la puerta principal de la primera cubria la guardia alguna fuerza francesa y española, y se aprovechó de esta circunstancia para penetrar en lo interior. La mitad de la guarnicion, por la negligencia de los oficiales españoles se hallaba en la ciudad, por lo que los france-

ses se vieron superiores en número en lo inferior de la fortaleza y se apoderaron de ella sin dificultad alguna. En el castillo de Monjuich no sucedió lo mismo. El oficial que allí mandaba, brigadier Alvarez, que tan heroicamente defendió después á Gerona, negó abiertamente la entrada. Aunque una parte de su fuerza se hallaba, como la de la ciudadela, diseminada por la poblacion, trató de defenderse. El general Duhesme que acudió allí con la mayor parte de sus tropas, declaró que iba á comenzar el ataque. Temiendo el conde de Ezpeleta, capitán general de Cataluña, un rompimiento que se le habia recomendado evitar, tomó el partido de ceder y de entregar aquel fuerte á los franceses, quienes se establecieron en él inmediatamente. Dueños de las dos fortalezas que dominan á Barcelona no tenían ya nada que temer. Pero habian entrado en ellas causando al pueblo catalán una sensacion dolorosa y muy desagradable en aquellas circunstancias.

En Pamplona, el general Darmagnac, hombre valiente, enérgico y leal, que hubiera preferido que se le mandase escalar ó asaltar una plaza á ocuparla por sorpresa, se valió de un medio muy ingenioso para penetrar en la ciudadela. Hallábase alojado en una casa poco distante de la puerta principal, é hizo que se escondiesen en ella cien granaderos bien armados. Sus tropas acostumbraban á ir todas las mañanas á tomar sus provisiones en la misma ciudadela. Envió cincuenta hombres escogidos que acudieron sin armas á la puerta, un poco antes de la distribucion, que fingiendo que esperaban llegase la hora, se aproximaron al cuerpo de guardia, se arrojaron sobre él,

le desarmaron, y dieron tiempo á que llegasen á la carrera los cien hombres que habia en casa del general, y concluyesen de apoderarse de aquel puesto. Al momento se presentaron las tropas francesas que estaban secretamente preparadas, y quedó ocupada la ciudadela, con gran disgusto del general Darmagnac que escribió al ministro de la Guerra, y le decia que *eran comisiones muy villanas*. En Pamplona y Barcelona fué general el disgusto.

Menos trabajo costó en San Sebastian, en donde mandaba un duque de Crillon (1) francés de origen. Murat le intimó que entregase la plaza, y se negó terminantemente. Le replicó Murat que tenia orden de ocuparla, no con miras hostiles, sino por una medida de precaucion militar para asegurar la retirada del ejército en caso necesario, y que si se le oponia resistencia, iba inmediatamente á romper el fuego. El duque de Crillon, que como los demas gobernadores de plazas tenia el encargo de evitar una colision, entregó la plaza de San Sebastian con condicion de que se la habian de restituir si el gobierno de Madrid no aprobaba su condescendencia. Murat accedió á esta pueril reserva, é hizo que ocupase á San Sebastian un batallón de tropas francesas.

Esta repentina ocupacion de las plazas, efectuada en los últimos dias de febrero y primeros de marzo, produjo en toda España la mas profunda impresion. Los hombres previsores que observaban que para apoderarse de Portugal que ya estaba conquistado, y para derribar á un favorito

(1) El brigadier Daiguillen. (Nota del traductor).

aborrecido de la nacion no eran necesarias tantas tropas principiaban á ver justificados sus temores y á atraer en su favor la opinion pública. En las provincias que habian presenciado aquellas sorpresas, acompañadas de mas ó menos violencias, faltó muy poco para llegar á las manos con las tropas, francesas. La clase media menos hostil que el pueblo á los estrangeros, mas inclinada á reformas, y menos supeditada por el clero, esperaba la caida del favorito y la regeneracion de España, pero sus ilusiones se desvanecieron prontamente. El pueblo dió algunas señales de furor, pero la actitud y firmeza de las tropas le contuvo. Dos circunstancias contribuyeron á aumentar el desaliento de la clase media, y la cólera é indignacion del pueblo: la primera y la mas grave fué la contribucion de 100.000.000 impuesta á los portugueses, y la segunda, menos conocida del público, el matrimonio de la señorita Tascher con el príncipe de Aremburg. Decíase por todas partes, que los franceses pagaban con ingratitud á los que les concedian hospitalidad, y se calculaba á cuanto ascenderia la contribucion de España, si se la imponia una proporcionada á la de Portugal. El matrimonio de la señorita Tascher, afectó mucho á la clase ilustrada, que fué la que le supo. Habia llegado á creerse en efecto, que la princesa destinada por Napoleon á enlazarse con Fernando, no era una hija de Luciano, persona desconocida en España, sino una sobrina de la emperatriz, recientemente adoptada, y parienta del embajador Beauharnais. El casamiento de aquella jóven con el príncipe de Aremburg, desesperó á todos los que contaban con su próxima union con el príncipe de

Asturias. El destronamiento de los Borbones, era ya la única intencion que podia atribuirse al emperador. La clase media y la nobleza tal vez se hubieran conformado con un cambio de dinastia que les hubiese asegurado la regeneracion de España, sin hacerles pasar por las crueles pruebas de la revolucion francesa; pero el clero, y particularmente los frailes, que veian en los franceses enemigos peligrosos para su existencia, rechazaban semejante idea con cólera, y no tenian que trabajar mucho para convencer á un pueblo fanático y deseoso de movimiento y de desorden. El clero que mantenía una correspondencia muy activa desde el uno al otro extremo de la Peninsula con las diócesis y conventos, tenia un medio eficaz para comunicar por todas partes con increíble rapidez las impresiones que tenia interés en difundir; sin embargo, estas primeras impresiones no fueron mas que una señal anticipada del odio que iba á estallar contra los franceses; pero en aquel momento otro objeto preocupaba los ánimos de los españoles: la corte, en que una madre desnaturalizada, y un favorito execrado, dominaban á un rey débil, y tenian en la mas dura opresion al jóven y adorado príncipe, era lo que llamaba toda su atencion. Hacia Madrid y Aranjuez se volvian todas las miradas, y se llamaba á los franceses para que efectuasen la revolucion universal que se apetecia. Verdad es que algunos actos, inspiraban recelo acerca de sus intenciones; pero aquellos actos, esplicados unos como simples precauciones militares, y otros como medidas aplicables únicamente á Portugal, se borraron bien pronto de la memoria de una nacion ocupada esclusivamente

en un objeto, y se volvió á pensar en la córte, á desear su caída y pedirla á los franceses.

El momento de la catástrofe se aproximaba. Napoleon habia hecho salir de París al señor Izquierdo hácia el 25 de febrero, para introducir el terror en el ánimo de los soberanos de España, y á Mr. de Tournon para entregar una nueva carta alarmante, por lo mismo que nada decia; porque cuando se le pidió una princesa para Fernando, eludió el dar una contestacion, informándose de si aquel príncipe habia vuelto á recobrar el afecto de sus padres, y entonces que nada se le decia del matrimonio, queria que se le hablase de ello. Estas contradicciones, esplicadas siniestramente por las relaciones del señor Izquierdo; por la marcha de las tropas francesas, y por el silencio de Murat, debian producir en Madrid la crisis por tanto tiempo esperada.

El señor Izquierdo, que llegó á Madrid del 3 al 4 de marzo, fué presentado en Aranjuez á toda la familia real el día 5. Sus relatos fueron de los mas alarmantes, y llenaron de consternacion, tanto á la familia real, como á la sociedad íntima del príncipe de la Paz, su madre, sus hermanas, y su confidenta, la señorita Tudó. El señor Izquierdo, despues de dar á conocer el estado de la negociacion entablada con Mr. de Talleyrand, con arreglo á la cual debian concederse á los franceses las provincias del Ebro, y franquearles las colonias españolas, declaró que por desconsoladora que pudiera parecer esta negociacion no era mas que una verdadera añagaza, y que Napoleon queria indudablemente otra cosa, es decir, el trono de España para uno de sus hermanos. Izquierdo consiguió

fácilmente convencer de esto á la córte de Aranjuez, consternada ya, y persuadirla que sino tomaba un partido decisivo, estaba perdida. La llegada de Mr. Tournon, y la carta de que era portador, no eran, en manera alguna, propias para disipar la alarma que habia difundido el señor Izquierdo. Carlos IV, enfermo y molestado por los dolores reumáticos que sufría en un brazo, recibió á Mr. de Tournon con mucha política, pero á través de ella se descubría un pesar profundo: la reina y el favorito le recibieron con una sonrisa forzada que ocultaba muy mal su furioso rencor. Carlos IV, penetrado de dolor, dijo que contestaria muy luego á su aliado el emperador Napoleon, y se apresuró á concluir aquella inútil y penosa entrevista. Desde aquel momento quedó decidido á emprender la fuga. Para Carlos IV era un sacrificio cruel abandonar los tres ó cuatro palacios situados al rededor de Madrid, entre los que acostumbraba repartir su vida, pasando del uno al otro á cada cambio de estacion, como esos animales que mudan de clima en busca del calor, y una privacion amarga el renunciar á las cacerías del Pardo, en vez de aguardar á Napoleon, y someter á su supremo poderío, la suerte de la casa de España. El buen monarca era demasiado leal, y sus luces eran muy limitadas para suponer ni una de las combinaciones del emperador, y creia que esperándole y confiando en él, todo se arreglaria ventajosamente. Es cierto que esta sencilla resignacion de la debilidad, que por sí misma se entregaba en sus manos, hubiera embarazado estraordinariamente á Napoleon, y producido tal vez otros resultados; pero la reina y el príncipe de la Paz,

que sabían muy bien que no tenían que esperar gracia ni conmiseración, y que cualquiera que fuese la intervención de Napoleón se ejercería siempre en perjuicio suyo, no dejaron elección á Carlos IV, y le impelieron á retirarse á Andalucía. Es probable que no le propusieran un viage mas dilatado, contando con los acontecimientos para emprender definitivamente la retirada á América. Era tan firme su resolución sobre este particular, que el príncipe de la Paz, arrebatado y sin poder con tener su destemplado y habitual lenguaje, dijo que antes se llevaría por fuerza al rey, que consentir que esperase en Aranjuez la llegada de los franceses.

Sin embargo, para no privarse de todo recurso por parte de la Francia, el señor Izquierdo debía volver inmediatamente á París, emplear las súplicas con Napoleón, y el oro con sus agentes para conjurar la tempestad que amenazaba á la casa de España, y firmar cuantos tratados se exigieran, aunque fuesen los mas deshonrosos. Volvió, pues, á partir el 4 de marzo por la mañana con la mayor precipitación, para llegar á París antes que se diese alguna orden fatal. Era tan grande su turbación, que no pudo menos de chocar á cuantos le encontraron en el camino, que fueron muchísimos.

Adoptada ya la resolución de retirarse á Andalucía, era necesario persuadir á un gran número de personas, tanto en Aranjuez como en Madrid. El príncipe de Asturias, que juzgaba las intenciones de Napoleón por las pruebas de interés que recibía de Mr. Beauharnais, veía en los franceses á sus libertadores, y no quería dejarse arrastrar

lejos de ellos, prisionero de la reina y del príncipe de la Paz. Lo decía en voz alta desde que principió á hablarse del viage á Andalucía. Había atraído á su dictamen á su tío don Antonio, que participaba de su aversión hácia la reina y el favorito, y á todos los demas individuos de la familia real, escepto la reina de Etruria, que acababa de llegar de Toscana para tomar posesion del Norte de Portugal. Aquella princesa era muy querida de la reina, y por esta razon la aborrecía Fernando, pero no hacia caso de lo que pudiera pensar. Casi todos los que componian la familia real, se pronunciaron contra el proyecto de fuga, y querian se esperase á los franceses. La reina y el favorito, sin inquietarse por aquella resistencia, estaban resueltos á vencerla, y á conducir á Sevilla toda la familia real, de grado ó por fuerza. Pero habia que superar otra resistencia mas temible. El Consejo de Castilla, á que se habia consultado secretamente, habia rechazado la idea de una retirada vergonzosa, y contestado que no se debia haber admitido á los franceses en España, pero que despues de haberlos admitido con sobrada lijereza, era preciso, ó tomar la resolución repentina de hacerles frente, sublevando contra ellos la nacion en masa, ó abrirles los brazos, recordándoles la lealtad de aliados, que habian sido recibidos en España como amigos y hermanos. Pero se presentó de repente una oposicion mas imprevista que las otras. El señor Caballero, ministro de Gracia y Justicia, se habia manifestado mucho mas adicto á los intereses del príncipe de la Paz, de lo que lo era en efecto. Llamado por sus funciones á figurar con frecuencia en el proceso del Escorial, ha-

bia atraído sobre sí toda la odiosidad, aunque no la merecía, porque delante del rey y de la reina había sostenido que no existía ni en los documentos encontrados, ni en las noticias ó datos recogidos, ningun indicio suficiente para intentar un proceso criminal. Por este motivo incurrió en el desagrado de la reina, que le calificó de traidor vendido al príncipe de Asturias. Mas no obstante, el público le juzgaba mas culpable de lo que era realmente. No queria que se le hablase del viage á Andalucía, y decia que era abandonar cobardemente á la nacion, que no debía haberse permitido que los franceses se introdujeran en España, y que era necesario saber aguardarlos; que los que desconfiaban de ellos podrian retirarse, pero que probablemente Carlos IV, cuya conducta habia sido siempre leal, no tendria que quejarse de haberlos esperado. El señor Ceballos, ministro de Estado, que mas tarde se presentó como antagonista del príncipe de la Paz, aunque estaba servilmente sometido á él, y cuyo patriotismo se reducía á un ódio estúpido á los franceses, permaneció espectador impassible de aquel conflicto, y dejó que el señor Caballero resistiese solo el proyecto de huida. El príncipe de la Paz despreció su oposicion, y dió las órdenes convenientes para el próximo viage á Andalucía. Tratando de ocultar el verdadero objeto de aquella marcha, habló vagamente de hacer en persona la visita de los puertos, cuya inspeccion le pertenecia, especialmente desde que era gran almirante.

Los trasportes de dinero y efectos que ya se habian observado, los preparativos de la corte, y sobre todo los de la familia, disiparon bien pronto

hasta la mas leve duda. Dificilmente podrá formarse una idea de la indignacion de los españoles al saber que iban á ser abandonados por la casa de Borbon, como los portugueses lo habian sido por la de Braganza. Cuidándose bien poco de las ventajas que con el tiempo podria producir semejante resolucion para la conservacion de las colonias, decian que si los franceses tenian tan malas intenciones, habia habido mucha torpeza en no descubrirlas, ó una insigne mala fé en favorecerlas: que de todos modos era necesario resistir á todo trance: que teniendo los españoles á su cabeza al rey y los príncipes, debian cubrir la capital con sus cuerpos, y dejarse hacer pedazos antes que permitir la entrada en ella; pero que huir cobardemente era una indignidad y una traicion: que en aquella fuga habia algo mas que prudencia y precaucion por el interés de la familia real, y tal vez seria un cálculo para prolongar el usurpado poder del favorito, porque si se trataba de huir de los franceses era porque se sabia su enemistad con don Manuel Godoy, y sus buenas disposiciones en favor del príncipe de Asturias. Este último pensamiento llegó á generalizarse, devolvió su popularidad á los franceses, y se decia públicamente que en vez de huir de ellos ó de combatirlos, era necesario por el contrario salir á recibirlos, pues que el príncipe de la Paz tanto desconfiaba de sus intenciones. La exasperacion de todas las clases contra la corte llegaba á su colmo. La nobleza, el pueblo y el ejército usaban en Madrid un mismo lenguaje, y este era tan franco, tan atrevido y tan inmoderado, como pudiera serlo en visperas de grandes acontecimientos en los paises mas libres. En el

ejército sobre todo, el cuerpo de guardias de corps, malamente tratado por el príncipe de la Paz, que había trastornado su organización, manifestaba la más viva irritación, y quería oponerse con la fuerza á la salida del monarca. Entre sus oficiales había muchos enteramente adictos al príncipe de Asturias, con quien se suponía tenía frecuente comunicación, y que recibían sus órdenes é inspiraciones.

Esta estrepitosa oposición no había hecho desistir de su proyecto á la reina ni al príncipe de la Paz, y únicamente servía para avivar más sus deseos de sustraerse cuanto antes á tanto ódio y peligros, retirándose primero á Andalucía y después á América si fuese necesario. El príncipe de la Paz, espidió en su consecuencia las órdenes oportunas. Mandó que se plegasen las tropas destinadas á ocupar el Portugal, porque en visperas de perder la España debía pensarse en ella más que en los Algarves ó la Lusitania Septentrional. El general Taranco debía salir de Oporto y volver á Galicia para dirigirse luego al reino de Leon. El general Carafa debía subir por la orilla del Tajo y avanzar hasta Talavera, y el general Solano, marqués del Socorro, regresar desde Elvas á Badajoz y dirigirse á Sevilla. Seguramente el príncipe de la Paz no pensaba en hostilizar á los franceses con aquellas fuerzas, que no constaban más que de divisiones de 6 á 7,000 hombres cada una. Las destinaba más bien á cubrir la retirada de la familia real, que á organizar una resistencia desesperada en el Mediodía de la Península. En el puerto de Cádiz se hallaban preparadas algunas fragatas (1).

(1) Las resoluciones del gobierno español de aquella

Godoy, siguiendo su costumbre de pasar una semana al lado de SS. MM. y otra en Madrid, volvió el domingo 13 de marzo á Aranjuez. Esta población se compone de un magnífico palacio real, situado á orillas del Tajo, decorado por el estilo italiano, con magníficos jardines que recuerdan algo el gusto árabe. Esta residencia está situada, viniendo de Madrid, á la derecha de un camino tan ancho como la venida de los Campos Eliseos. En frente del palacio hay una gran plaza de forma casi redonda. A la izquierda se encuentran muchas hermosas habitaciones que pertenecían á los ministros, á otros varios personajes de la corte, y en una de las cuales residía el príncipe de la Paz. Otras muchas casas de las inmediaciones sirven de tiendas en donde se espenden artículos de comercio y comestibles, y en aquel punto es en el que se observa más concurrencia y animación.

En cuanto llegó el príncipe de la Paz dió las órdenes definitivas de marcha, que quedó señala-

época son muy poco conocidas porque ninguna persona bien informada ha escrito nada sobre este asunto. Sin embargo, interrogado más tarde por Murat el marqués de Caballero, le entregó tres memorias sobre los acontecimientos que habían precedido á las jornadas de Aranjuez, las cuales son muy instructivas y cuyo manuscrito se halla en la secretaría de Estado. El señor Caballero al hablar de las conferencias que tuvo con el príncipe de la Paz sobre el proyecto de marcha, refiere cuanto pasó en aquella ocasión, y da pormenores muy curiosos. Asegura que oyó afirmar al príncipe de la Paz que había hecho preparar en Cádiz cinco fragatas para trasladar á la familia real al otro lado de los mares.



da para el martes ó miércoles 15 ó 16 de marzo. El mayordomo mayor hizo preparar los coches de la real casa, y que se estableciesen tiros de mulas en el camino de Andalucía. En Madrid se dió órden á los guardias españolas y walonas, y á los de corps que no se hallaban de servicio, para que estuviesen prontos á marchar á Aranjuez.

Mas en fin, era preciso aun quando no se hiciese aprecio alguno de la resistencia de ciertos ministros, anunciarles la resolucion definitiva de la córte, y mandarles que firmasen las diferentes órdenes. El príncipe de la Paz en quanto llegó á Aranjuez, hizo que se presentasen algunos de ellos en la real cámara, y principalmente el marqués de Caballero que se hacia esperar. Godoy, que estaba impaciente é incomodado, le recibió bastante mal. Aquel ministro, tenaz en su propósito, se negó á autorizar con su consentimiento ó con su firma la acordada partida.—Os mando que firmeis, le dijo el príncipe en un arrebato de cólera.—No recibo órdenes sino del rey, contestó el señor Caballero. Semejante oposicion por parte de un hombre que no se distinguia por la audacia de su carácter, hubiera debido probar al favorito hasta qué punto habia decaido su autoridad. Llegaron los demas ministros y se promovió entre ellos un vivo altercado. El señor Caballero irritado, en sumo grado, echó en cara al señor de Ceballos su vergonzosa sumision al príncipe de la Paz, y solo fué apoyado por el ministro de Marina. La reunion se disolvió sin acordar nada, y al salir de palacio los consejeros de la corona conservaban en sus semblantes y lenguaje la agitacion de que se hallaban poseidos, y profirieron palabras que descubrieron al público

lo que se trataba y el peligro de que se veia amenazado.

Por su parte, el príncipe de Asturias y su tio don Antonio, habian comunicado á sus adictos quanto sobre el particular sabian, é implorado en algun modo su auxilio contra la violencia que se preparaba. Los gefes de guardias de corps con quienes el príncipe contaba, habian hablado á los individuos de su mando, que se encontraban dispuestos á quebrantar todas las reglas de la subordinacion á la primera indicacion que se les hiciese. La servidumbre, que por los mismos preparativos que habia hecho, sabia cuán próximo estaba el dia de la marcha, y que se separaba con pesar de la antigua mansion en que estaba habituada á vivir se lo habia prevenido á los habitantes de Aranjuez. Desconsolados estos con la idea de verse privados de la córte, estaban decididos á impedir su partida, y divulgando el proyecto de fuga por los pueblos inmediatos, atrajeron al sitio muchos labradores de la Mancha, muy disgustados tambien porque se les quitaba la córte y las ventajas que les proporcionaba. Era extraordinaria la afluencia de gente á Aranjuez, y principiaban ya á verse los rostros mas estraños y siniestros. El conde de Montijo, personage singular, perseguido por la córte, que al nacimiento y fortuna de un gran señor reunia el arte y el gusto de agitar las masas populares, se hallaba en medio de aquella muchedumbre pronto á hacer la señal de la insurreccion. Veíase, pues, á los vecinos de Aranjuez, los forasteros de la Mancha y los guardias de corps, reunidos todos por la ansiedad, el interés, y el espíritu de partido, rondar continuamente al rededor del palacio.